

mas de cerca. Pero entre tantos choques y hazañas parciales ocurrió una que, aunque no nos dice relación directamente, obtuvo una celebridad que no permite la condenemos al silencio. Será este hecho tan glorioso de armas asunto del capítulo siguiente.

CAPITULO XXXI.

SITIO DE MALTA.

Situación de Malta.--Resúmen de su historia hasta la época de Carlos V.--Cesión de la isla á los caballeros de San Juan.--Establecimiento en ella de la Orden.--Proyecto de Soliman II el sitio de Malta.--Sale de Constantinopla la expedición.--Desembarca en Malta.--Rivalidades entre los jefes de mar y tierra.--Sitian los turcos el fuerte de San Telmo.--Lo toman.--sitian la ciudad del Bargo.--Resistencia.--Varios asaltos.--Llegada del refuerzo de España.--Levantán el sitio los turcos, y se embarcan.--Pérdidas por entrambas partes.--Construcción de la ciudad y plaza llamada La Valette.--Muerte del gran maestro de este nombre. (1)

1565.

Hay puntos casi imperceptibles sobre la superficie de la tierra, que están sin embargo destinados á ocupar páginas muy importantes en la historia. Tal es Malta, pequeña isla del Mediterráneo, situada al Sur de Sicilia, siete á ocho leguas de circunferencia, llamada en la antigüedad *Melita*, por la miel abundante y buena que produce.

Aneja á esta isla de Malta y un poco al noroeste, hay

(1) Salazar, *España vencedora*; Bosio, *historia de Malta*; Cabrera, *historia de Felipe II*; Herrera, *historia General*; Ferrara, *historia de España*; Miegé, (historiador de nuestros días); Historia de Malta y otros.

otra mucho mas pequeña llamada Gozo, y en medio de las dos una especie de islote con el nombre de Cumin, designándose por lo regular el grupo de las tres con el general de Malta.

En todas épocas se dió mucha importancia á la ocupación de la isla de Malta como punto avanzado, y centinela entre el Occidente y el Oriente. Sin haber formado nunca lo que se llama un estado, hizo en todos tiempos parte de las posesiones de Sicilia. Fueron dueños de ella en los tiempos antiguos los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los godos, los vándalos, los emperadores griegos y los árabes; y en los de la edad media los normandos, los emperadores alemanes de la casa de Suavia, los reyes de Aragon desde Pedro II, que se apoderó de Sicilia á fines del siglo XIII, hasta Fernando el Católico, cuya herencia pasó toda á Carlos V. En todos estos tiempos gozó la isla de Malta de grandes privilegios, proporcionados á las ventajas que de ella sacaban sus señores.

Hemos visto (1) á los caballeros de San Juan arrojados en 1522 de la isla de Rodas por las armas de Soliman II, que se hizo dueño de ella despues de un sitio gloriosísimo para sus defensores. Se retiró á Sicilia el gran maestre L' isle Adam seguido de sus caballeros, y desde entonces pensó seriamente en la adquisición de un punto fuerte del Mediterráneo donde establecer la Orden. El emperador Carlos V le hizo cesión de la isla de Malta; mas este acto no fué espontáneo, ni se verificó sin estipular condiciones que parecieron gravosas á los caballeros. Hubo negociaciones y no dejaron de suscitarse sus dificultades, siendo una de las principales la repugnancia de los malteses á la admisión de una orden que acabaría por dominarlos. Los mismos caballeros estaban divididos sobre la conveniencia de la traslación, y el gran maestre se mostraba remiso en la conclusión del negocio con las espe-

(1) Capítulo VI de esta historia.

ranzas de establecerse en otro punto mas favorable á los intereses de la Orden. En fin, despues de haberse allanado las dificultades y sometídose los malteses á la ley de la necesidad, se firmó el acta de cesion en que quedaban á salvo los derechos de soberanía, de que no quiso nunca desprenderse Carlos V; y los caballeros de San Juan tomaron posesion de Malta el año 1530, con gran repugnancia de los habitantes, á cuyos privilegios no se tuvo consideracion en el tratado.

Establecida en Malta la Orden de San Juan, se aplicó su gran maestre, que todavia lo era L' isle Adam, á poner el pais en estado de defensa, pues no ignoraba el grande objeto de odio que era para el Sultan una órden militar que por instituto le hacia en todos tiempos cruda guerra. Habiéndola arrojado de Rodas, natural era que persiguiese en Malta. Mas los caballeros, cuyas galeras iban casi siempre unidas con las de Carlos V y Felipe II, que estaban con frecuencia en guerra con los turcos, no vieron á estos tan pronto como era de temer delante de sus muros.

En su debido lugar hemos hablado de la cooperacion de los caballeros de San Juan en las expediciones sobre Tunez, Argel, sobre Patras, sobre Modon, sobre Corón, sobre la plaza fuerte de Africa, y en el reinado de Felipe II, sobre Trípoli, los Gelvez y últimamente sobre el Peñon de la Gomera. Irritados los berberiscos y los turcos de esta hostilidad continua, trataron varias veces de acabar con Malta. Hizo en sus costas Dragut varios desembarcos, pero sin efecto, habiendo sufrido bastantes descalabros, sobre todo en el último verificado en Gozo, de donde tuvo que retirarse vergonzosamente. Por fin llegaron las cosas á tal punto, que Soliman II trató de poner formalmente un sitio á Malta.

Era entonces gran maestre de la Orden, Juan de La Valette, elegido en 1557 por su gran mérito, en atencion al riesgo inminente que corria. Hombre valiente y experimentado, de capacidad y de firmeza, se condujo

desde un principio como las circunstancias exigian. Ninguna ocasion perdió de hostilizar á los turcos, haciendo parte de la expedicion de Felipe II sobre Trípoli, seguida de las desgracias que hemos visto; forzando á Dragut á retirarse vergonzosamente de la isla de Gozo, donde habia hecho un desembarco; tomando parte con sus caballeros en la conquista de la Gomera de los Velez; intentando un golpe de mano sobre Malvasia; no perdiendo ocasion de acosar á los infieles por mar; libertando buques cristianos, haciendo numerosas presas, entre las que se contaba un rico galeon turco, cuyo cargamento pertenecia al jefe de los eunucos y á las odaliscas del serrallo. No era necesario tanto para provocar hasta el extremo la cólera de Soliman, quien fulminó al fin contra Malta el decreto de esterminio, que mas de cuarenta años antes habia arrojado á los caballeros de San Juan, de Rodas.

Hacia tiempo que veia el gran maestre aglomerarse la tempestad que á la isla amenazaba. En nada pensó mas desde que se vió elevado á la suprema dignidad, que en prepararse para recibir el golpe. Tomó Malta un aspecto en extremo belicoso; se aprontaron armas; se allegaron víveres y municiones; se impuso sobre los bienes de la Orden, ademas de las contribuciones ordinarias, un tributo de sesenta mil ducados; se concertaron con el virey de Sicilia los medios mas convenientes de socorro, y se hizo un llamamiento solemne de honor á los caballeros ausentes, para presentarse sin perder momento á la defensa de la Orden.

La plaza principal de la isla era el Borgo ó Burgo, llamada hoy la Ciudad Victoriosa, situada á la entrada del Puerto Grande, y flanqueada por el castillo de Sant-Angelo. En frente, y separada por el puerto de las Galeras, se halla la ciudad de La Sangle, entonces sin murallas, defendida por el fuerte de San Miguel, que con el castillo de Sant-Angelo forma la boca de este puerto. A pequeña distancia del Burgo se hallaba el fuerte de San Telmo, en la extremidad del pro-

montorio que separa el Puerto Grande del de María Mus-
sel ó Marza Musel, y donde se construyó despues la ciudad
de la Vallette, como lo haremos ver á su debido tiempo.—
A distancia algo mas considerable del Burgo, se halla la
Ciudad Notable ó Vieja, fortificada ya en aquella época.
La Valette circunvaló la ciudad de La Sangle con murallas,
hizo completar las fortalezas de San Miguel y San Telmo,
fortificando y abasteciendo al mismo tiempo la isla de
Gozo.

Era grande el peligro; pero fué mayor el entusiasmo
y el valor que supo inspirar el gran maestre en el ánimo
de los malteses. Enmudecieron á su voz todas las pa-
siones, y se sofocaron los resentimientos justos de los
habitantes contra una Orden que los habia despojado de
sus privilegios. Acudieron con prontitud los caballeros
ausentes, y con ellos cuantos soldados, víveres y muni-
ciones pudieron procurarse. Se remitieron á Sicilia todos
los habitantes que no tenian medios de subsistir, ni se
hallaban en estado de tomar las armas; se levantó en
masa la poblacion que se encontró apta para pelear, y se
organizó bajo todos aspectos una defensa obstinada en
toda regla.

Hé aquí el estado aproximativo de todas estas tropas
en la revista general pasada el 6 de mayo de 1565 por
el gran maestre.

61 caballeros	}	de la lengua de Provenza.
15 escuderos		
25 caballeros	}	de la de Auvernia.
14 escuderos		
57 caballeros	}	de la de Francia.
24 escuderos		
165 caballeros	}	de la de Italia.
5 escuderos		
88 caballeros		de la de Aragon.
1 caballero		de la de Inglaterra.
14 caballeros		de la de Alemania.

68 caballeros	}	de la de Castilla.
6 escuderos		
44 capellanes		de diversas lenguas.
587 miembros		de la Orden.
700 soldados y marineros		de las galeras, malteses por la mayor parte.
500 malteses		de la compañía del Burgo.
300 id.		de Burmola y de La Sangle.
1500 id.		de la Ciudad Notable.
560 malteses		de la parroquia de Santa Catalina.
680 id.		de la de Bircarcara.
560 id.		de Kunni.
560 id.		de Zorrick.
590 id.		de Nasciar.
560 id.		de Siggieri.
120 artilleros.		
150 criados		de caballeros, organizados en una compañía.
1625 extranjeros		tomados á sueldo de la Orden.
8992		hombres en total.

Con esta escasa fuerza, compuesta de elementos tan heterogéneos, y la mayor parte escasa de experiencia, ó sin ninguna en el manejo de las armas, se dispuso el gran maestre á recibir el ejército formidable con que Soliman le amenazaba; y no hay que olvidar que la generalidad de estas tropas consistia en malteses, despojados de sus privilegios, abrumados de impuestos, tratados con desprecio por los caballeros de la Orden, heridos en lo que hay mas delicado y sensible para el hombre. Pero se trataba de defender el suelo de la patria, amenazado por los enemigos de la fé católica, á quienes se profesaba un odio inextinguible, y sobre todo, se obraba á la voz, y bajo el ascendiente de un grande hombre.

Habia sido presentado en pleno consejo por el Gran Señor su proyecto de invadir á Malta, y aplaudido, como era natural, con todas las demostraciones de entusiasmo, por todo su consejo. Mientras se hacian preparativos formidables, se enviaban emisarios secretos á la isla, para levantar planos y tomar reseñas de su posicion, fortificaciones, etc. No se omitió precaucion, ni se ahorró gasto alguno que llevase al objeto de añadir la isla de Malta á las brillantes conquistas de Soliman el Magnífico. Antes de partir las tropas, las arengó el Sultán, diciéndolas que la conquista de la sola isla de Malta era poca empresa para aquel armamento formidable.

Por fin, en 18 de mayo de 1565 se presentó delante de la isla de Malta la escuadra turca, compuesta de ciento treinta y una galeras, treinta galeones y doscientos buques de transporte, al mando de Piali-Bajá, con cuarenta mil hombres, á las órdenes de Mustafá-Bajá. Se hace ascender á sesenta mil el número de los turcos que abordaron á Malta, agregando á las tropas de tierra los marineros de la escuadra, y los individuos que no combatian incorporados á la marina y al ejército. Llevaban estas tropas víveres para seis meses, municiones en proporcion, y un tren completo de sitio, en el que se contaban sesenta y cuatro cañones de batir, con balas de hierro de ochenta libras, y dos morteros de siete piés de circunferencia, para lanzar piedras. Desembarcaron los turcos sin oposicion alguna, y su primera operacion fué talar los campos, quemar los pueblos y degollar á los infelices habitantes que no habian tenido tiempo de guarecerse en los muros de la plaza.—Hicieron los caballeros algunas salidas por orden del gran maestre, y aunque no llevaban lo peor en los encuentros, convencido la Vallette de que esto debilitaba sus fuerzas sin utilidad, se encerró dentro de los muros, dejando á los turcos dueños absolutos de todo el terreno no fortificado de la isla.

Procedieron estos inmediatamente al sitio de los puntos fuertes; mas las operaciones adolecieron desde un

principio de la rivalidad que reinaba á la sazón entre Piali, general de la escuadra, y Mustafá, á quien se habia dado el mando de las tropas del asedio. Al llegar la escuadra á Navarino, leyó éste delante de los principales jefes de tierra y mar el pliego de instrucciones que le habia dado el Gran Señor, á su salida de Constantinopla. Por sus términos, estaba Mustafá revestido del mando general, tanto de las tropas, como de los buques, con cuya disposicion se ofendió Piali, antiguo general de mar, que con tanta gloria se habia distinguido en las campañas anteriores. No es pues estraño que se mostrase poco celoso en trabajar por la gloria de un rival, de mérito inferior, al que se veia postergado.

Se juntó un consejo de guerra en el campo turco inmediatamente que fué realizado el desembarco. Quería Mustafá acometer todos los fuertes á la vez, puesto que se hallaban con tropas bastante numerosas, ó á lo menos empezar el sitio por el Burgo y la ciudad Notable, atacando asi como en el corazon las fortificaciones de la plaza. Combatió Piali esta idea, alegando que el primer interés era proporcionar un puerto seguro para sus navios, lo que no se podria conseguir sin comenzar el ataque por el fuerte de San Telmo, ganando el cual se colocaría la escuadra en el puerto de Muzel al abrigo de cualquier peligro.

Prevaleció en el consejo la opinion de Piali, y comenzaron en efecto las operaciones del sitio por el castillo de San Telmo, situado como se ha dicho á extremidad de un promontorio que divide el puerto de María Muzel del Puerto Grande. Mandaba la fortaleza el bailio de Negroponto, quien antes que los turcos embistiesen formalmente á la plaza, dispuso una salida al mando del capitán español don Juan de la Cerda y Frey Juan de las Guaras. Derrotaron estos á las tropas turcas; mas en vista de su número considerable tuvieron que retroceder y acogerse á los muros de la plaza.—Grande dificultad encontraron los sitiadores en comenzar los trabajos de si-

tio por lo duro del suelo, de roca por la mayor parte; mas suplieron esta falta con sacos de tierra, vigas y tablones que les sirvieron para la formacion de las trincheras, siéndoles imposible el uso de la azada. Asi pudieron acercarse á los muros de la plaza sin ser molestados por sus fuegos, y proceder sin pérdida de instantes á la construccion de las demas obras que para la expugnacion necesitaban.

No estaba desprovisto de buenas fortificaciones el castillo de San Telmo; pero era demasiado escaso el número de sus defensores, para hacer frente á tantas tropas empleadas en su asedio. Y como el gran maestre no podia desprenderse de muchas fuerzas, por la lentitud con que de los diferentes puntos de la cristiandad se procedia para enviarle los socorros que no dejaba de reclamar á cada instante, pareció al gobernador de San Telmo que seria oportuno abandonar la plaza y reunir su guarnicion á la del Burgo, para atender mejor á la defensa de este punto y de sus fuertes. Mas se hallaba el gran maestre demasiado convencido de la necesidad de conservar á toda costa el fuerte de san Telmo, y demasiado confiado en la próxima llegada de los socorros prometidos, para no dar órdenes terminantes al bailío de que defendiese el punto á toda costa. Aun pensó La Valette en trasladarse él mismo al castillo y ponerse á la cabeza de su guarnicion; mas le hicieron desistir de su designio las súplicas y aun las lágrimas de los caballeros y poblacion del Burgo, para que no los abandonase cuando les era necesaria mas que nunca su presencia.

Con la resolucion tan positiva y formal del gran maestre, se prepararon el bailío de Negroponto y caballeros del castillo de san Telmo á la mas vigorosa y obstinada resistencia. Atacaron por su parte los turcos con su ferocidad acostumbrada, llevando sus trabajos de sitio hasta el mismo pié de los muros de la plaza. Delante de la muralla principal se hallaba otra fortificacion cuya figura no aparece bien clara por el relato de los historiadores; un poco mas lejos, hácia el campo, se habia construido un re-

bellin cuya toma era necesaria para obtener la de la plaza. Hicieron los caballeros una salida en la que derrotaron á los turcos, y por el pronto les destruyeron una parte de sus trincheras y mas trabajos del asedio. Pero como luchaban siempre los cristianos contra una superioridad tan considerable, fué inútil este esfuerzo, pues los enemigos volvieron á la carga y repararon prontamente las obras destruidas. Para echar abajo el rebellin ya mencionado, construyeron una fuerte bateria sobre una especie de plantaforma casi de su misma altura, desde donde sin interrupcion le cañonearon. Una circunstancia imprevista los hizo dueños de esta obra exterior mucho antes de lo que esperaban. Habiendo percibido una noche que estaban dormidos las centinelas, y en igual situacion la mayor parte de la tropa, escalaron los muros, y penetrando dos á dos por las mismas troneras, se hicieron dueños del rebellin, pasando á cuchillo á cuantos cristianos encontraron dentro. Trataron inmediatamente los vencedores de pasar á la otra obra exterior, mas ya entonces amanecia y los cristianos estaban vigilantes esperando el ataque de los turcos. Se trabó un combate obstinado en los mismos fosos que duró seis horas. Todos los fuegos de la plaza y de la bateria de los turcos se cruzaban á la vez, y si estos estaban animados de una sed de destruccion, no era menos el arrojo con que los cristianos defendieron su terreno. Cedieron en fin los turcos, dejando cubiertos los fosos de cadáveres. Mas el rebellin quedó en sus manos, y les sirvió despues para colocar sus baterías contra el cuerpo de la plaza.

A pesar de que se resistia, como se vé, el fuerte de San Telmo, volvió el bailío á proponer al gran maestre su abandono, no queriendo sufrir los caballeros las consecuencias del asalto que los amenazaba, y al que, segun toda probabilidad no podrian oponer, por el escaso número de tropas, suficiente resistencia. Otra vez les respondió La Valette que era necesario mantener el puesto á toda costa, recordando al bailío y á los caballeros sus

compromisos, sus juramentos de morir en defensa de la religion en cuyas filas peleaban. Para animar su emulacion, ó desconfiando tal vez de su constancia, tomó disposiciones para el relevo de la guarnicion de San Telmo con tropa fresca que debia salir del Burgo. Mas los de San Telmo, avergonzados sin duda de la proposicion, pidieron al gran maestre no les hiciese la afrenta de dudar de su valor, y le prometieron que defenderian el punto á todo trance y verterian gustosos la última gota de su sangre por el honor y en defensa de una orden donde habian hecho votos de combatir siempre y en todo paraje con los enemigos de la fé de Cristo.

Llegó á la sazón al campo turco el famoso Dragut con trece galeras y mil y quinientos hombres, en compañía del renegado Alueh-Alí, que despues llegó á ser dey de Argel, con cuatro bajeles y seiscientos hombres. Fué este refuerzo muy agradable á Mustafá, sobre todo por la persona de Dragut, cuyo valor y capacidad conocia en todas las operaciones de la guerra. Desde el momento de su llegada se le encomendó la principal direccion de las obras de sitio, y con su actividad aumentó los apuros de sus defensores.

Todavía recibian estos de cuando en cuando algunos refuerzos y refrescos que les enviaba el gran maestre; mas convencido al fin Mustafá de la necesidad de cortarles toda comunicacion con los del Burgo, cerró completamente el paso, siendo Dragut el inventor y ejecutor de una especie de valla con tablones, vigas, piedras y fragmentos de barcos destrozados que echó en el mar, á fin de no dejar agua suficiente para el paso de los buques. Murió durante esta operacion el famoso corsario de una bala de cañon disparada desde la plaza, habiendo sido tan sentida su pérdida por los turcos, como objeto de regocijo para los cristianos. Reducidos así los del fuerte de San Telmo á sus propias fuerzas, sin esperanza de socorro ni auxilio de ninguna parte, tomaron la resolucion de hacer la mas obstinada resistencia, de vender caras sus vidas,

ya que se vieron en la imposibilidad de conservarlas. Apelaron pues los turcos al asalto, ó mas bien á los asaltos, pues les costó varios la toma de aquella fortaleza. Dieron el primero la noche del 8 de junio, del que fueron rechazados con pérdida de mil quinientos hombres. Perdieron los cristianos cincuenta caballeros, habiendo quedado herido el capitan la Cerda. Tuvo lugar el segundo asalto el 16 del mismo mes, en el que los turcos perdieron mil y setecientos hombres. Dejaron en el tercero, verificado el 22, dos mil hombres en los fosos y en la brecha; habiendo muerto por parte de los cristianos el capitan español Miranda, el bailio de Negroponto gobernador, el comendador Monserrate, el capitan Mazo y cincuenta mas caballeros de la Orden. No hay necesidad de indicar, pues se concibe fácilmente, el ardor, la ferocidad, la sed de sangre y destruccion que debieron de reinar en estos choques tan tremendos, en que unos combatian por la desesperacion de no poder salvarse, y los otros con el ansia de apoderarse de una presa tan apetecida. Los caballeros á quienes sus heridas no permitian moverse, se hacian conducir á la brecha, donde del modo que mejor podian, peleaban. Mas era inútil el valor contra tan encarnizada muchedumbre. Los defensores iban muy á menos, el término de la resistencia se acercaba, y cuando en virtud del último asalto, que duró cuatro horas, se hicieron los turcos dueños á viva fuerza de San Telmo, no encontraron mas que escombros y hombres moribundos, pues los cinco ó seis cristianos que aún quedaban sin lesion se salvaron, descolgándose como pudieron por los muros de la plaza.

Cometieron los turcos todo género de crueldades con los vencidos, que respiraban todavía. Las historias dicen que les arrancaban el corazon, y que para causar terror, y hacer al mismo tiempo mofa de los del Burgo, los clavaron en tablas en forma de cruz, poniendo este espectáculo atroz á vista de sus propios muros.

Costó la toma del castillo á los turcos mas de ocho